

9496  
L.

DR 441

L3

v. 8



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

LIBRO TRIGÉSIMO CUARTO

I

Pocos espectáculos hay mas contradictorios y dolorosos para el corazon del historiador y de los pueblos como el advenimiento de un nuevo príncipe cuando dejenera una vieja monarquía. Los votos que aclaman á un soberano jóven é inocente de las desgracias públicas hacen que la nacion, á cuyo frente le coloca la Providencia, olvide un momento las calamidades pasadas, las presentes angustias, los peligros del porvenir. Créese que la patria deposita para siempre ja-

VIII.

4



más su adversa suerte con los restos mortales del soberano difunto en su tumba y que su sucesor inaugura con un nombre nuevo una nueva era en el imperio. Mas apenas las miradas del pueblo, y especialmente de los hombres de Estado, se apartan de la fisonomía del jóven príncipe y del esplendor de su coronacion, que los ánimos desalentados se fijan en las fatalidades ó dificultades del reinado, el corazon se parte considerando el contraste de los hombres que necesitan mas fundadas esperanzas y de las cosas que se empeñan en destruirlas.

Tales eran las impresiones de Constantinopla al volver de la mezquita de Aioub, donde el nuevo sultan, Abdul-Hamid, acababa de ceñir el sable de Othman.

## II

Abdul-Hamid I era el hijo cuarto del sultan Ahmed ó Achmet III. Su existencia pasada en medio de las vicisitudes, abdicaciones y coronaciones de los tres reinados, probaba lo mucho que se habian morigerado las costumbres de la familia de Othman. Todo lo

que la piedad de sus tíos le habia concedido, era poder vivir. Huérfano á cinco años, olvidado por su misma medianía en el fondo del antiguo serrallo, habia llegado á la edad de cuarenta y ocho años sin haber realmente vivido. El orgullo, cimentado por la adoracion que tenia á su madre y por la lectura de la historia del imperio, donde no habia buscado mas que la divinizacion de los príncipes de su raza, trazada por aduladores historiógrafos, he aquí su carácter dominante. No se habia instruido mas que de su grandeza; sus caprichos eran sus verdaderos deberes y creía en la infalibilidad innata de un ignorante, á quien la cuna eleva al rango supremo. Su limitada inteligencia no le permitia ver de todo su vasto imperio sino lo que se pasaba en el recinto de su serrallo.

Disponian del gobierno entero sus dos cuñados el gran visir Mouhsinzadé y el caimakan Malek-Mohammed. Las dos sultanas, esposas de estos dos favoritos de Mustafá III, Aazime, mujer del gran visir, y Seineb, mujer del caimakan, celosas una de otra, se disputaban la amistad de su hermano. Aazime, mayor que su hermana, venció á su rival y consiguió que se confirmase á su marido, el gran visir, en las atribuciones y mando del ejército en Schumla.



## III

La paz con Rusia era el pensamiento y la necesidad del divan. El gran visir, cuyas indisciplinadas tropas llenaban sin cesar el campo de impunes sediciones y desertiones, se habia dejado encerrar en Schumla, por el cuerpo de ejército del general Kamenski, el cual habia pasado el Danubio é interceptaba las gargantas de la Bulgaria. La situacion de Pedro el Grande en el *valle desgraciado*, era entónces la misma que la del gran visir en sus propias trincheras de Schumla.

Las negociaciones, eludidas primeramente por el gran visir, comenzaron en Kainardji, cuartel general del mariscal Romanzoff, el cual dictó las condiciones de la paz como habia conducido las operaciones de aquellas tres campañas. La imperiosa exigencia por una parte, la imperiosa necesidad por otra, no permitían ya largas discusiones: la paz de Kainardji estaba escrita con la espada de los rusos. Una conferencia de algunas horas bastó á los plenipotenciarios para redactar, no la paz, sino la capitulacion de la Turquía.

Los artículos patentes conservaban la independencia de la Crimea, del Kuban, de la Besarabia, desmantelados del imperio, es decir, el bloqueo constante de Constantinopla; imponíanse ciertas condiciones al gobierno de la Puerta, en Moldavia y Valaquia, bajo la vigilancia moral de los rusos, y el derecho de proteccion respecto á los vasallos cristianos del imperio se conferia á la emperatriz y á sus sucesores. No se mencionó á la Polonia, causa principal de la guerra, y este silencio era lo mismo que abandonar la tempestuosa república á la arbitraria presion de Catalina. En fin, un artículo secreto exigia á la Turquía, por espacio de tres años, el pago de un subsidio de diez y seis millones de francos, como precio de la salida de la flota revolucionaria de los Orlof del Archipiélago.

El desgraciado Mouhsinzadé murió de dolor, siete dias despues de haber firmado en este tratado la salvacion presente, si, pero la decadencia futura de su país. Cuando se salva un imperio á costa de la dignidad ó de la grandeza forzoso es morir bajo el peso de la responsabilidad, ó en el suplicio. Los pueblos humillados exigen una víctima por su infortunio. Créese que Mouhsinzadé prefirió el veneno al acero; sus victorias y sus talentos merecian mejor de la fortuna. Sufrió el castigo de la indisciplinada y de las sediciones



de los genizaros. Segun la correspondencia diplomática del baron de Thugut, residente de Austria en Constantinopla, el orgullo de Abdul-Hamid bajó de tal manera en algunos días de reinado, que dispuso una fiesta en el serrallo para celebrar el consentimiento de los ulemas y del muftí á la renuncia de su soberanía en la Crimea.

## IV

El imperio no era mas que un nombre fuera de Constantinopla; sus feudatarios y sus propios bajás le desgarraban en mil girones. El príncipe de los tártaros del Kuban, Heraclio, recibía con orgullo un cetro y una corona de manos de Catalina II. El bajá de Scutari, de acuerdo con Venecia, organizaba un ejército independiente y desafiaba dentro de sus fortalezas el cordon del sultan. Ali, bajá de Janina, despedazaba una parte de la Albania y de la Macedonia para hacerse un patrimonio independiente. Ahmed, bajá de Bagdad, defendía el imperio y despreciaba al divan. Un antiguo scheik árabe, de Safad, ciudad de la Alta Palestina, en el valle del Jordán, reunía bajo su

espada á los maronitas del Liban, á los metuolis del Anti-Libano, á los drusos del valle de Baalbeck, á los árabes y beduinos de la Palestina, descendía á los valles, combatía á los bajás de Alepo, de Damas, de Saide, de Trípoli, y fortificando á San Juan de Acre, la erigia en capital de la Siria sublevada.

En Egipto, la autoridad del divan estaba, desde 1746, á la merced de los jefes de los genizaros ó de los jefes de los mamelucos rebeldes y dueños del Cairo. Despues de Ibrahim, que habia reinado diez años, Ali-Beg, esclavo abaze y luego paje de aquel, combatía al bajá, puramente nominal del sultan, en 1766, acuñaba la moneda con su propia efijie, y negaba hasta su tributo á la Puerta. Mas aun: apoderábase del mar Rojo y de la Meca y asociábase con el scheik Daher, de San Juan de Acre, para consolidar mutuamente su rebelion. Uno de sus pajes, el mameluco Mohammed-Beg, le vendió, como él habia vendido á Ibrahim, matándole de una cuchillada en una refriega en medio del desierto de Gaza. Mas hábil que sus predecesores, el pérfido esclavo de Ali-Beg aparentaba gran deferencia hácia los turcos, llamando al bajá al Cairo para legitimar su dominio.



## V

Abdul-Hamid olvidó muy pronto el oprobio del tratado de Kainardji , en medio de los placeres y voluptuosidades del serrallo. Enervado por el cautiverio y los vicios que inspira una ociosidad sedentaria, sus quinientas mujeres no le habían dado siquiera un solo hijo. Su favorito y su cuñado el caimakan Malek-Bajá, le gobernaba con los encantos de su figura y la dulzura de su carácter.

Un hombre solamente, el capitán-bajá Hassan, sostenía el imperio , que iba hundiendo la mano de un aventurero del desierto , y descendiendo con su flota bajo el cañon de San Juan de Acre , tomaba la plaza por asalto y mataba de un pistoletazo al viejo Daher, que huía á caballo en sus jardines para refugiarse en Safad, y cortándole la cabeza, la mandó al sultan.

## VI

Pero la independencia que los rusos reconocieron, en el tratado de Kainardji, á los tártaros de Crimea

no era mas que un lazo donde debía la misma sucumbir muy pronto; era el derecho de venderse al oro ó de someterse á las armas de la Rusia.

Los emisarios de Catalina II en Crimea sublevaron al khan Saim-Gherai, partidario suyo, contra el khan legítimo Dewlet-Gherai, fiel de todas veras á su raza y á los otomanos. El sultan acogió bien á este y prometió vengarle. Catalina mandó al mariscal Romanzoff que reuniese un ejército en el Dniester para intimidar á los tártaros amigos de los turcos; indignanse los primeros viendo á los soldados rusos en la guardia de Saim-Gherai y los degüellan; los rusos entran en la península y vengan á sus protegidos con la sangre de los partidarios de los turcos. Media entonces la Francia y Luis XVI autoriza con este fin á M. de Saint-Priest, su embajador en Turquía.

La guerra no cesó sino fué simplemente aplazada con insignificantes concesiones de los rusos. La emperatriz dejaba que madurase la anarquía en Crimea para recoger mas fácilmente sus frutos; levantaba Cherson, á la embocadura del Dniester, en el mar Negro; familiarizaba poco á poco á los rudos tártaros de Crimea con las costumbres de los moscovitas y con la servidumbre de Saim-Gherai, que desempeñaba en Crimea el mismo papel que Poniatowski, su amante coronado, desempeñaba en Polonia. Ambos



adormecian á su nacion para doblegarla á la conquista.

El nuevo favorito de Catalina , Potemkin , á quien el capricho habia elevado al poder , queria legitimarle con algunas victorias y por eso se acercó con un ejército de ochenta mil hombres á la Crimea, con objeto de sostener á Saim-Gherai contra uno de sus hermanos sublevado en el Kuban. Temblando de cólera Hassan-Bajá al ver el oprobio de su patria, desembarcó en la isla de Taman , puesto avanzado de la Crimea. Potemkin exige que Hassan evacue la isla; pero este bajá á lo salvaje de los kurdos, corta la cabeza del enviado ruso , mas el khan de los tártaros abria las puertas de la península á Potemkin. Además un subalterno de este general sorprende á Caffa y se apodera de la persona de Saim-Gherai con un lazo semejante al que Napoleon tendió en Bayona á la dinastía entera de España.

Un general ruso , cuyo nombre debia ser tan fatal á la Turquía como á la Polonia, Souwaroff , subyugó á los tártaros independientes del Kuban. El khan, prisionero de los rusos, envió á Petersburgo un carcaj , un arco y un caftan tártaros, emblemas del poder y de la nacionalidad abdicadas en nombre de su raza entre las manos de Catalina , y el acto auténtico de la cesion de la Crimea á los rusos acompa-

ñaba estos vergonzosos presentes. Saim-Gherai, vil traficante de la independendia de su pueblo , recibió en pago un regalo de millon y medio de francos que nunca le pagaron. El autor de una traicion merece otra. Catalina publicó un manifiesto anunciando al mundo , admirado y mudo , aquella espoliacion de una parte de la familia de Ghengis-Khan, y pretextos miserables, que siempre reproducen la pluma de los publicistas de la conquista , respondieron á los murmullos de Europa.

« El desasosiego natural á los tártaros , » decia la emperatriz « fomentado por insinuaciones, cuyo origen no nos es desconocido , ha sido causa que caigan en un lazo tendido por manos que habian sembrado entre ellos los desórdenes y la division , y por eso los hemos visto trabajar sin descanso para arruinar el edificio que nuestros benéficos cuidados habian elevado para su felicidad, procurándoles libertad é independendia , bajo la autoridad de un jefe elegido por ellos mismos. »

« Animada del deseo sincero de confirmar y de mantener la última paz ajustada con la Puerta Otomana , evitando las discusiones continuas que promueven los negocios de la Crimea , reunimos á nuestro imperio toda esta península, la isla de Tamar y el Kuban, como una justa indemnidad de



« las pérdidas sufridas y gastos sufragados para con-  
 « servir en derredor de nosotros la paz y la feli-  
 « cidad. »

## VII

Este manifiesto, cuya violencia no quiere disfra-  
 zarse con alguna astucia, sublevó á Constantinopla,  
 como hubiera sublevado en otros tiempos á Europa  
 entera. Mas á excepcion de Inglaterra y Francia, si-  
 lenciosas por egoismo, todas las demás potencias es-  
 taban silenciosas por cómplicitad. Cada una tenia en  
 efecto una prenda de un crimen político que no le  
 permitia alzar la voz contra otro crimen.

Habiase consumado la primera particion de la Po-  
 lonia. El Austria, en una negociacion ocultada á  
 Francia é Inglaterra, se habia reservado toda la ori-  
 lla izquierda del Vístula, la Rusia Roja y la Wolhy-  
 nia; tres mil leguas cuadradas habian sido adjudica-  
 das á Catalina II, dos mil quimientas leguas cuadra-  
 das á la Prusia.

« Es un verdadero acto de generosidad que la  
 « córte de Rusia, de acuerdo con las dos potencias

« vecinas de la Polonia, se ofrezca á poner fin á la  
 « anarquía que asola á aquella nacion, asegurán-  
 « dole una existencia mas normal, mas feliz y mas  
 « tranquila. Atendida la pérdida irreparable de hom-  
 « bres y dinero que le ha causado una guerra in-  
 « justa, cuyos instigadores exclusivos son los pola-  
 « cos, parecerá moderadísimo que Su Majestad Im-  
 « perial se limite á no ejercer mas que derechos tan  
 « incuestionables como los suyos, reparando tan  
 « solo los daños que nunca niega un Estado á otro y  
 « sin agravar esto con la mas justa venganza. »

El rey cobarde, á quien Catalina habia lanzado de  
 su favor para colocarle en un trono, Poniatowski,  
 protestó débilmente y dió mas humildemente las  
 gracias á la emperatriz.

## VIII

Despues de una vana agitacion que solo Inglaterra  
 se esforzó en animar hasta las armas, y que Francia  
 adormeció temiendo desagradar á las tres potencias  
 ligadas del Norte, el divan legitimó por segunda vez  
 la usurpacion de Rusia con una cesion mas explicita



de la Crimea. Este acto humillante fué firmado, en 1784, en el kiosko de *los Espejos*.

El servil Saim-Gherai, que habia abierto la puerta de su patria y vendido su raza, siguió cierto tiempo, como extraño cortesano, á la corte de Potemkin para mendigar el precio de su traicion; mas desatendido, olvidado y aun tratado por este como importuno servidor á quien se niega su salario, refugióse lleno de amargura en Constantinopla. Abdul-Hamid le cargó de cadenas y le desterró á Rodas, donde le esperaba el verdugo. Su suplicio vengó á los tártaros. La sangre de Gengis-Khan tiñó el cielo.

Mientras tenia lugar la ejecucion tardía y vana del último soberano de la Crimea, Catalina II, semejante á la Cleópatra del Norte, recorría su nueva conquista con un gran séquito de reyes, embajadores y cortesanos de su fortuna, que rivalizaban en adulaciones de todo género respecto á aquella mujer perversa y grandiosa que borraba el recuerdo de su antiguo crimen doméstico con la felicidad de sus crímenes de Estado. El mismo embajador de Francia, el conde de Segur, cortesano mas letrado que político, sazónaba sus lisonjas con los recuerdos de la fabulosa antigüedad que á cada paso traía á la memoria aquella Tauride á la cual devolvía su nombre Catalina. Los tártaros, halagados y pagados por ella, eran la

vanguardia de los rusos contra un imperio de la misma sangre que ellos. Una inscripcion profética, á doble sentido, grabada en una losa miliaria del Quersoneso-Taurico, decia á los rusos: « AQUÍ ES EL CAMINO DE BIZANCIO. »

Durante este viaje de Crimea, en apariencia pacífico, fué cuando José II, el soberano de Alemania mas revoltoso é inconsiderado, firmó con Catalina el tratado secreto por el cual se obligaba á permitir á Rusia, cuanto quisiera hacer contra el imperio otomano, con condicion de partir las ganancias. Una sublevacion de sus provincias de los Países-Bajos le trajo de los confines del Asia á Bruselas.

## IX

Eran tales la pompa y armamentos de la emperatriz en Crimea, que el divan temió nuevos y rudos ataques, tanto mas cuanto que los Orlof habian generalizado la idea de restablecer sobre el mar Negro y Archipiélago las repúblicas griegas, para fomentar en Turquía la anarquía que las confederaciones republicanas de los polacos habian creado en Polonia.



La desesperacion decidió al divan á evitar con la guerra la explosion de sus Estados, y con este fin el gran visir Yousouf sondeó al embajador de Francia para saber si podia contar con el concurso de su nacion. M. de Choiseul-Gouffier no tenia suficientes instrucciones para responder sino con vagas protestas de amistad. Ciento cincuenta mil otomanos avanzaron sobre el Danubio y el Dniester miéntras que Hassan-Bajá bogaba con su flota hácia las embocaduras del Dniester; pero malogróse un ataque combinado entre las tropas de tierra de Oczakof y las tropas de desembarco de Hassan contra la fortaleza de Kilburn defendida por Souwaroff.

La noticia del ataque de los otomanos á Kilburn llevó á los Austriacos, fieles á los compromisos de José II con Catalina, á las llanuras de Semlin, en Hungría, donde trataron de sorprender á Belgrado, sin declaracion de guerra. El bravo Yousouf-Bajá, que desde comerciante de arroz se habia elevado por su patriotismo hasta la posicion de gran visir, aceptó enérgicamente á aquel nuevo enemigo, y partió para Sofía, donde se reunia el ejército del Danubio. Aunque habia sido mucho tiempo favorito de Hassan-Bajá y le debia su elevacion, la rivalidad dividió á aquellas dos columnas del imperio, y fué por último la fatalidad de aquella guerra.

Sin embargo los principios fueron felices. Yousouf, á la cabeza de doscientos cincuenta mil combatientes escalonados en las orillas del Danubio y del Dniester, desde Belgrado hasta Oczakof, se decidió á pasar el rio y á marchar contra José II que habia querido probar su genio y fortuna militar contra los turcos. Habiéndose dejado este príncipe envolver en los desfiladeros de Slatina, fué arrojado de una posicion á otra, y tuvo por fin que abandonar los pueblos del Bannat ante la impetuosidad de los turcos. Algunas ciudades tomadas por asalto, otras incendiadas, miles de prisioneros arrancados de Hungría por ir á poblar las costas de Asia, mas allá del Bósforo, le hicieron expiar en pocos dias su temeridad, obligándole á llamar al mariscal Laudon, el veterano de los generales de María-Teresa, su madre, á quien entregó su espada. Aquel príncipe, que ambicionaba todas las glorias, estaba destinado á ver malograrse todos sus ensueños.

## X

Potemkin, Romanzoff y Souwaroff ocupaban la línea en la Moldavia y el Dniester; Choczim debía



caer sobre ellos el día 17 de octubre. Potemkin sitiaba á Oczakof con cien mil rusos aguerridos en las largas guerras de Polonia y de Crimea. Un corsario americano, Pablo Jones, que habia entrado al servicio de Rusia, y el príncipe de Nassau, aventurero de tierra y mar que buscaba por do quier eco á su nombre, mandando una flota de ochenta embarcaciones ligeras, secundaban en las embocaduras del Dniester los trabajos del sitio.

Hassan desembarcó del mar Negro con veinticinco navíos, quince fragatas y cuarenta y cinco bombardas, á principios de mayo, ofreciendo el combate á la escuadra rusa; pero Souwaroff le destrozó con una batería de treinta piezas de artillería cubiertas por las dunas y descubiertas á la vista del pabellon turco. Los seis navíos de la vanguardia de Hassan fueron á pique; el mismo que le llevaba fue sumergido en el combate; otros siete navíos ó fragatas se encallaron además en aquel canal estrecho y sin fondo. Sus tripulaciones, aterradas por el abordaje de los rusos y destrozadas por las baterías de tierra, se arrojaron á las olas para ganar las orillas, donde sentado Hassan, con la cabeza entre las manos y su barba blanca anegada en llanto, asistia, desarmado, al desastre de sus navíos. Con gran premura tuvo que reunir algunas embarcaciones desaparejadas

y sus navíos diezmados para volver á Constantinopla, donde debia responder de aquel desastre con su cabeza.

Mas el sultan y el pueblo no castigaron su arrojo, y pocos dias despues resolvió á partir con una nueva flota. El príncipe de Nassau y Souwaroff que le esperaban, mucho mas preparados que la primera vez, destruyeron, el 2 de agosto de 1788, la última esperanza marítima del imperio. Quince navíos de línea, diez y ocho fragatas, cinco mil muertos, seis mil prisioneros fueron víctimas de Potemkin.

Oczakof, aunque defendido con energía por treinta y cinco mil turcos, fué tomado por asalto el 6 de diciembre, no sin haber cubierto su brecha de treinta mil cadáveres; la degollacion del resto de la guarnicion y de los habitantes duró tres dias despues de la toma de la ciudad. Veinte mil personas, mujeres, niños, ancianos, degollados por los rusos de Potemkin, igualaron en los descombros de Oczakof la carniceria de Timour en Persépolis y en Bagdad.

## XI

El sultan Abul-Hamid espiró con la noticia de la pérdida de Oczakof.



Su reinado no habia sido mas que una serie de destrucciones; dejaba el imperio agonizando, el baluarte del Dniester por tierra y ensangrentado, el Bósforo abierto á las flotas rusas, el arsenal vacío, el Archipiélago minado por los complots de la czarina, el Norte coaligado contra él enteramente, la Polonia desmembrada y avasallada, la Hungría cubierta con las tropas de Laudon, su último ejército entusiasmado al principio por las victorias contra José, temblando á los nombres de Potemkin y de Souwaroff; en fin la Francia, que habia seguido el primer síntoma de su revolucion, apartando sus miradas de la Turquía para fijarlas en sí misma, puesto que combatir ó consumir la revolucion era entónces su única política.

Jamás tuvo el imperio otomano mas enemigos ni ménos amigos. La ignorancia del divan era la única cortina que no dejaba á los turcos ver el esceso de sus peligros, y por colmo de desventura un príncipe desgraciado, el Luis XVI de los otomanos, Selim, iba á subir al trono.

## XII

Abdul-Hamid dejaba dos hijos en la cuna, Mustafá y Mahmoud; pero como las leyes del imperio no admiten el interregno que llaman regencia las monarquías hereditarias de Europa, su sobrino, el sultan Selim III, debia sucederle.

Selim tenia 25 años cuando murió Abdul-Hamid, y este le habia educado mas bien como el primogénito que como el rival de sus propios hijos, por lo que el trono no le sorprendió ignorante de los negocios públicos. Abdul-Hamid le confiaba hacia mucho tiempo los misterios del serrallo y las preocupaciones del divan, y se complacia en educarlo como un príncipe flexible y paterno, para que fuera en su día indulgente tutor de sus hijos. La naturaleza de Selim se prestaba naturalmente á estas lecciones y caricias.

Su rostro gracioso, modesto, pensativo, ofrecia en la majestuosa regularidad de sus facciones el sello exterior del orden que reinaba en sus pensamientos, una precóz sabiduría. Una frente meditativa, la vista



habitualmente baja, como si recogiese la meditacion bajo sus largos párpados, una nariz aguileña como la de Othman, una boca reflexiva que se descubria apénas al través de las ondulaciones de una barba larga y bien peinada, megillas animadas con colores de una sangre rica pero tranquila, un cútis de un moreno ardiente y salpicado de pequeños vestigios de viruelas, una estatura algo encorbada, mas apropiada á las oraciones y al divan que á los ejercicios ecuestres; en fin una sombra de melancolía nativa en toda su fisonomía como un recuerdo ó como un presagio de las desgracias del imperio y de sus propias desgracias; tales eran las facciones de Selim III cuando salió por la vez primera del serrallo, rodeado de sus negros, de sus eunucos y visires, para visitar la mezquita de Aioub.

Su traje realizaba estos dones de la natureleza y del estudio; llevaba, dice un publicista francés, á quien recibia intimamente el sultan (M. Prevost), una pelliza blanca guarnecida de pieles de zibelina, un turbante verde al rededor del cual se enroscaban unos canelones de muselina blanca, cuyo turbante, algo separado en la frente para que pudiera admirarse la majestad del rostro, bajaba en voluminosos pliegues hácia las mejillas; encima se veia una brocha de brillantes representando un tallo de varias

ramitas de hojas y de deslumbrantes flores de donde se escapaba un penachito de plumas de garza real; el mango de un puñal persa, incrustado de pedrerías, sobresalía apénas de su cintura y de los pliegues de su caftan entreabierto en el pecho. Prescindiendo del prestigio de la omnipotencia, su aspecto, dice el pintor, resplandecía de natural majestad.

### XIII

Su primera llamada al patriotismo de los musulmanes levantó ciento cincuenta mil voluntarios del fundo del Asia, de la Albania, de la Bosnia y de las provincias de Europa para volar al auxilio de la patria.

Ni la fé, ni la patria, ni la raza degeneraban en el corazon de los otomanos; mas es un hecho que la ciencia de la administracion y la disciplina de la guerra no las poseian ni el gobierno ni el ejército á la altura de los progresos de Europa. Federico II, Romanzoff, Souwaroff, el mariscal Laudon habian inventado un arte nuevo de guerra en que el número y el valor individual desaparecian ante la táctica y